

Gastón Gallardo, mi consuegro y amigo

Miguel Urioste Fernández de Córdoba

A mediados de la década de los sesenta del siglo pasado –yo tenía 17 años– toda mi familia nos trasladamos de Sucre a vivir a La Paz. Para mí, que nunca había salido de la ciudad blanca, fue un gran cambio y había que hacer nuevos amigos. Uno de ellos fue Gastón, aunque nuestra amistad en ese entonces fue efímera y superficial. Era un muchacho simpático que se peinaba y hablaba a lo argentino. Luego lo perdí de vista por muchos años, aunque ya mayores coincidimos en diversos eventos académicos y nos saludábamos con afecto.

En realidad recién conocí al verdadero Gastón cuando nuestros hijos, Andrea y Matías, comenzaron a enamorarse hace un poco más de una década. Ellos y posteriormente nuestra común nieta, Martina, generaron el entorno y las condiciones para que en estos más de diez años construyéramos una sólida y muy afectuosa amistad que iba más allá de lo habitual. En ese tiempo descubrimos que teníamos muchos ideales y valores compartidos, en especial nuestro amor por Bolivia, la justicia, la libertad y la democracia. Habíamos sufrido por igual las dictaduras militares, la persecución política y el exilio, y con orgullo formamos parte de la generación que recuperó la democracia. Al principio del llamado “proceso de cambio” compartimos la ilusión de que se vendrían tiempos mejores para nuestro país, pero el pronto desencanto fue doloroso y pasábamos largas horas conversando sobre la impostura como el signo principal de un gobierno cada vez más autoritario y confrontador.

Yo sabía que Gastón era un arquitecto de renombre y que había fundido su vida con la docencia hasta llegar a ser decano de su facultad en esa UMSA que tanto quería. Recién después me enteré que en los últimos tiempos estaba estudiando otra carrera y así entendí por qué su hermosa biblioteca tiene tantos libros de historia, pero en especial de historia de la arquitectura. Cuando cayó enfermo solía visitarlo con regularidad y encontramos que una manera de acompañarnos mutuamente era prestándose textos que él escogía y que yo leía

hasta la semana siguiente cuando volvía a visitarlo y lo atosigaba a preguntas sobre el tema. Generalmente versaban sobre la arquitectura en Babilonia, Grecia o Roma, pero también sobre Aztecas, Mayas y Tihuanacotas. Mi formación como especialista en desarrollo rural y tierras siempre me había despertado mucha curiosidad sobre los orígenes de las civilizaciones y pueblos de nuestra América, los sitios históricos, monumentos...que eran tema de hermosas pláticas con Gastón. Nos complementábamos mucho no solo en nuestra visión del país, sus desafíos, sus éxitos y fracasos, sino también en las esperanzas de un futuro mejor para todos. A través de Gastón aprendí a querer más a su esposa Cristina y toda su familia.

Recuerdo que sus alumnos, en medio de la pandemia, nunca faltaban a sus clases a distancia y el día de su entierro asistieron en gran número con modestos ramos de flores. Lo extraño no sólo por su calidad humana y su generosa amistad, sino porque él fue un hombre íntegro de los que tanta falta hacen en nuestra patria.

La Paz 6 de octubre del 2022